



en conflicto. Y, por último, a manera de conclusiones, se exponen algunas reflexiones generales que han surgido en los autores, producto de los análisis e interpretaciones de las diversas dinámicas políticas y sociales acaecidas a lo largo del siglo xx. Algunas de estas conclusiones podrían tener vigencia y pertinencia en los análisis históricos sobre el origen de las insurgencias, las disidencias y sectores de oposición política en nuestro país, sin embargo, esto se deja a disposición, reflexión y cuestionamiento del lector/a.

## El conflicto antes del conflicto

El siglo xx en Colombia comienza con la Guerra de los Mil Días, la más larga y violenta que se ha vivido en el territorio nacional, con la irreversible separación de Panamá promovida por Estados Unidos y finiquitada por el quebrantado gobierno de Antonio Sanclemente y Manuel Marroquí (Bushnell, 1993). El desequilibrio económico y social que generaron estos dos acontecimientos, y los cambios producidos por la Constitución de 1886, agudizaron las condiciones de pobreza de los sectores más relegados de la sociedad. El ferviente descontento ante el autoritarismo del gobierno nacional y los años blandos pero cruentos de la hegemonía conservadora fueron el cimiento de la organización proletaria y del nacimiento del Partido Comunista (PC), el Partido Socialista Revolucionario (PSR), así como la división interna del partido liberal para formar la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR) bajo el liderazgo de Jorge Eliécer Gaitán.

Por otra parte, la masacre de las bananeras (1928) y la crisis de 1929 generaron en el país un panorama mucho más pesimista frente al soñado proyecto modernizador, pues en el campo y en las ciudades urgían políticas que posibilitaran trabajar, vivir y comer. Esto llevó a que en Colombia se rompiera con el letargo de los gobiernos conservadores que habían antecedido, se escogiera a Olaya Herrera como presidente en 1930, y más adelante al burgués progresista Alfonso López Pumarejo. Este último trajo consigo la conocida Revolución en Marcha (1934 a 1938) y el programa de gobierno dedicado a construir una ley agraria que brindara condiciones menos nefastas a los campesinos. Sin embargo, la Ley 200 de 1936 no obtuvo el alcance que se esperaba debido a la falta de voluntad política del sector laureanista en el senado (Reyes, 1978).

En general, la República Liberal estuvo dotada de esfuerzos por mejorar el desequilibrado escenario político y económico que vivía el país desde el siglo anterior, no obstante, el escenario internacional de Guerra Fría, las relaciones con Estados Unidos, la entorpecedora presencia del Partido Conservador, y el apoyo de López Pumarejo a la acomodada sociedad liberal, impidieron en varios sentidos hacer realidad las iniciativas progresistas que se tenían, y con las que el conservadurismo tenía fervientes diferencias. El contexto de competencia que se estaba creando entre los dos partidos tradicionales en el país dio su máxima puntada con el exilio de Pumarejo luego de la brusca campaña mediática que el conservadurismo emprendió en su contra. El apoyo y el rechazo que esto provocó

dentro del partido liberal —debido al marcado sectarismo existente en su interior—, llevó a su división en las elecciones de 1946 y, por tanto, a que la presidencia fuera para el conservador Mariano Ospina Pérez.

De 1946 a 1950, gobernó la política del terror que se desplegó en todas las regiones del país, la tensión entre conservadores y liberales solo se saldaba con cruda represión, y más adelante con la Violencia<sup>4</sup> desatada por los administradores estatales —y sus contradictores— de la época. El gobierno conservador de 1953, en cabeza del incansable Laureano Gómez, engrosaba sus filas de militantes fanáticos, para buscar formas de restaurar la relación con la antiliberal —y fascista— iglesia católica (Caballero, 2018), e impulsar el establecimiento del discurso y accionar desarrollista del Banco Mundial, que se había estropeado a causa de los esfuerzos de su antecesor, por lo que los focos de atención de Gómez estaban direccionados a impulsar a toda costa la naciente industria que se insertaba en las ciudades capitales.

El panorama nacional era inimaginable, las condiciones económicas de los campesinos de diferentes regiones del país eran cada día más precarias, el trabajo en el campo era mal pago y partía de la superexplotación que los terratenientes hacían de los colonos o aparceros, no había garantías para el acceso a la tierra, y el malestar se reflejaba en el desplazamiento masivo de campesinos a las ciudades (CNMH, 2013). Lo anterior, dio origen a la formación de guerrillas liberales, que esperaban ser la fuerza necesaria para captar el golpe de atención que hacía falta para poner orden al país. Guadalupe Salcedo fue uno de sus líderes más reconocidos, sin embargo, sus esfuerzos y luchas fueron opacados con su asesinato en el marco de un acuerdo de amnistía propuesto e implementado en el gobierno de Rojas Pinilla.

Laureano Gómez no estaba dispuesto a continuar soportando el mandato de un desobediente, por lo que incita la firma del Pacto de Benidorm (Bushnell, 1993), como inicio e insumo de los acuerdos que en diciembre de 1957 la sociedad votaría con un sí, para la constitución del “novedoso” Frente Nacional, el cual consistió en la repartición del poder entre los partidos tradicionales en intervalos de tiempo de cuatro años y la paridad en el órgano legislativo.



4 Este término fue acuñado por los sociólogos Eduardo Umaña, Germán Guzmán y Orlando Fals Borda, en su libro titulado: *La Violencia en Colombia*, para designar, con mayúscula, el periodo de tiempo entre 1946 y 1958, caracterizado por la suma de muchas y variadas violencias: políticas, sociales, económicas y religiosas. Las unificó, a todas, el hecho de que fueron impulsadas por los gobiernos de la época (Caballero, 2018).

## Dualismo nacional

La bandera de la paz con la que se instauró el Frente Nacional no se efectuó en la medida de las necesidades que tenía el país, pues el acuerdo de alternancia del poder fue excluyente con posiciones alternativas que no se sentían escuchadas y representadas con ninguno de los dos bandos que captaron el Estado. Ni los jóvenes militantes del Partido Comunista Colombiano (PCC) ni la revitalizada Federación Universitaria Nacional (FUN) encontraban en la rotación del poder una verdadera alternativa hacia el cambio. Sin embargo, durante el primer gobierno del Frente Nacional, Alberto Lleras Camargo intentó implementar procesos de revitalización de la sociedad con un aire de laicismo. En “coherencia” con esto, generó un proceso de apertura en Colombia, avalado por EE.UU. y promulgado por toda América Latina, llamado la Alianza para el Progreso, que permitió la intervención sistemática norteamericana en Colombia con el objetivo de estabilizar política y económicamente al país, y aunque pareciera que todo estaba bien con ello, lo único que se consiguió con esto fue alejar de las manos la soberanía de los/las colombianos, y recrudescer las condiciones materiales de la población.

Al mismo tiempo, la inminente influencia de la revolución cubana en los estudiantes y las ideas del marxismo practicadas por la Unión Soviética, incidieron en agrupaciones como sindicatos y asociaciones campesinas, y en muchos casos sirvieron de fermento ideológico en la proliferación de agrupaciones sociales que rechazaban el Frente Nacional, así como a las oligarquías y castas políticas que representaba. A su vez, el gobierno liberal de Lleras contribuyó a apaciguar —un tanto— el malestar de los casi 60 años de conflicto que antecedían, y que no dejaron de reflejarse en la doblegada Ley 135 de 1961 que, aunque tenía un enfoque agrario productivo a gran escala, buscaba brindar condiciones —más o menos dignas— para el trabajo y la tenencia de la tierra.

Posteriormente, Guillermo León Valencia, el segundo presidente del Frente Nacional, evoca el periodo de la Violencia desde el inicio de su mandato, pues reconoce la avanzada que ha tenido el pensamiento socialista en la sociedad civil y la constitución de “repúblicas independientes”<sup>5</sup>; con ello, de agrupaciones de bandoleros<sup>6</sup> que, desde 1957, se hicieron en armas para hacerle frente a las innumerables intimidaciones que recibían de los ejércitos radicales del conservadurismo en departamentos como Tolima, Cauca, Huila y Cundinamarca. La forma como Valencia le hace contrapeso a esta fuerza subversiva es impulsada, de nuevo, por EE.UU. con el Plan LASO (*Latin American Security Operation*)



- 5 Nombre otorgado por el senador Álvaro Gómez Hurtado, en 1961, para referirse a grupos de rebeldes que desestabilizaban y ponían en riesgo la seguridad nacional (Villamizar, 2017).
- 6 Eran vistos como delincuentes, pues se habían constituido como un grupo de personas abiertamente en contra del establecimiento, que “generaban terror” y se mostraban como la génesis y la continuación del germen “comunista”. El bandolero más buscado era Manuel Marulanda Vélez (Villamizar, 2017).

en 1964 (Villamizar, 2017), el cual tenía como principal objetivo erradicar los focos revolucionarios en el territorio nacional, quienes estaban respaldados por el PCC (Partido Comunista Colombiano).

Una de las acciones más contundentes del Plan IASO fue la operación Marquetalia, llevada a cabo en 1964 y de gran fuerza militar, pues desplegó su alcance en diferentes regiones de incidencia guerrillera como El Pato, Guayabero y Riochiquito, para el debilitamiento de las repúblicas independientes. El impacto y la lectura estratégica que hicieron de este ataque impulsó a los grupos de autodefensa a asumir una táctica que los convirtió en una guerrilla móvil —Bloque Guerrillero Sur, más adelante—, la cual expandió su dinámica en diferentes partes del país, de forma más organizada y articulada entre sus diferentes focos de concentración.

Los objetivos de la resistencia armada giraban en torno a una política en la que no incidieran las élites, se dieran garantías a los campesinos para trabajar y poseer la tierra que debía ser expropiada a opulentos terratenientes, y se estructurara un plan de formación y finanzas para la estabilidad económica de la población más marginada. La continuación del Frente Nacional, y la elección de Lleras Restrepo como presidente liberal (1966-1970), no desdibujó del panorama nacional las condiciones estructurales que catapultaron la constitución oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia en 1966 (Villamizar, 2017).

## La naturalización de la violencia

Entre el inicio del siglo xx y la década del 60 se encuentra la marcada tendencia de los gobiernos liberales y conservadores de dar la espalda a las consecuencias violentas producto de los disensos ideológicos y políticos. En este periodo se puede entrever la ligereza con la que los partidos tradicionales enfrentaron la labor de gobernar a Colombia, pues siempre fue más fácil hacer caso omiso a la demanda de políticas sociales que generar condiciones dignas de vida en las diferentes regiones del país.

En este escenario, se ralentizaron los esfuerzos por construir una ley agraria que permitiera la tenencia de la tierra de forma equitativa, esto demuestra los intereses sobre ella, su propiedad y producción por parte de clases dirigentes y gobernantes. La tendencia a imposibilitar la creación de una ley agraria o no verla relevante es visible durante el transcurrir de la centuria. Esto está íntimamente atado a las relaciones de clientelismo regional que tuvieron una fuerte influencia en las formas de gobernar las regiones del país, hasta el punto de posicionar presidentes con la seguridad de no debilitar su poder, por medio de la estrategia conocida como la danza de los delfines.<sup>7</sup>



<sup>7</sup> Por alusión al título de los Delfines de Francia: el tácito derecho hereditario al poder que después traería para la historia del país a tantos López, tantos Ospinas, tantos Gómez, tantos Pastranas, tantos Santos repetidos (Caballero, 2018).

Por otra parte, la inclinación a resguardar el poder a como diera lugar muestra la manera de hacer frente a las formas ideológicas alternativas, lo cual está ligado al discurso mundial anticomunista que instauró EE.UU. y del que se sujetan varios miedos políticos por la influencia de las ideas revolucionarias que propagaron el Che Guevara, Mao Zedong y el mismo Lenin. La fuerza y coherencia que inspiraban las personalidades públicas que gestaron sobre el socialismo su empatía para llamar a las masas a organizarse, y para desestructurar el orden elitista hegemónico, producía pavor en los gobernantes conservadores y liberales que entendían las implicaciones de un pueblo organizado.

De la relación represión y lucha anticomunista se explica la notable injerencia que el gobierno estadounidense hizo en Colombia durante todo el siglo XX, no solo con programas militares, sino también con la benevolencia que caracterizó, por ejemplo, a John F. Kennedy con la Alianza para el Progreso. La incidencia de EE.UU. también se reflejó en diferentes países de América Latina, con el apoyo a las dictaduras que condujo a su inminente desestabilización económica, y la hipócrita ayuda para resolverla.

## Reflexiones finales

Está visto que paliar con represión y violencia los descontentos sociales ha sido la estrategia de los gobiernos para hacer resistencia al surgimiento de nuevas y renovadas formas de ser y estar en Colombia, desde la Guerra de los Mil Días —quizás desde antes— hasta la fundación de las FARC. La lucha bélica que se estableció en contra de las autodefensas campesinas no solo demuestra la imposibilidad de entablar diálogos que viabilizaran una salida razonable del conflicto, también devela el marcado sectarismo que caracteriza a la clase política del país, así como a la élite civil que hace parte de ella.

La tierra y el poder parecen ser, en la historia de Colombia, el trofeo por el que se lucha desde diferentes sectores sociales, una situación escabrosa que ha llevado a naturalizar índices de pobreza, asesinatos y desapariciones, que en cualquier otra sociedad serían un fenómeno escalofriante. Nada de esto habría sido posible sin la complicidad de sectores políticos, terratenientes y agentes extranjeros, de lógica guerrillera contra ideas progresistas, que temían, y lo siguen haciendo, al “fantasma del comunismo” que se esconde, de acuerdo a estos sectores, tras las ropas de campesinos y sectores populares luchando por vida digna.

La idea del enemigo interno es, en nuestra consideración, la más nociva que se ha implantado en el país. Nos ha hecho pelear, hasta el punto de perderle el valor a la vida, por ideales y principios que en la actualidad persisten pero que en definitiva no tienen nada que ver con lo que pensamos y sentimos de forma individual. De seguro hoy, las personas de este país —campesinos, indígenas, estudiantes, trabajadores, exiliados, víctimas, ROM y afros— solo queremos una cosa: ver a Colombia resurgir de la barbarie, para convertirse en una nación garantista de derechos.

Este escrito es un recorrido tangencial por algunos de los acontecimientos que han marcado la historia de Colombia y han hecho de ella lo que es hoy: uno de los países más desiguales de América Latina y un sinfín de relatos de violencia política, social y económica que nadie quiere reconocer como propios. Sin duda, es un esfuerzo por reconstruir, en pocas líneas, las razones del surgimiento de las FARC y visibilizar los errores que como país hemos cometido.

## Referencias

- Bushnell, D. (1993). *Colombia, una nación a pesar de sí misma* (15 ed.). Planeta.
- Caballero, A. (2018). *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498-2017)*. Biblioteca Nacional de Colombia. <https://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/index.html>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013). *¡Basta ya! Memorias de guerra y dignidad*. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/basta-ya-memorias-de-guerra-y-dignidad/>
- Reyes, A. (1978). *Latifundio y poder político: La hacienda ganadera en Sucre*. Cinep.
- Villamizar, D. (2017). *Las guerrillas en Colombia: Una historia desde los orígenes hasta los confines*. Debate.